

2º. Domingo de Cuaresma. Año A

Lectio divina sobre Mt 17,1-9

Tras anunciar su próxima muerte a sus discípulos (16,21-23) y proponerles las exigencias que comporta su seguimiento (16,24-28), Jesús deja que tres de ellos perciban su verdadera identidad, hasta entonces desconocida: la gloria de Dios resplandece en su rostro, comparte compañía y conversación con los grandes protagonistas de la historia de salvación y Dios en persona rompe su silencio para declararse Padre e imponer obediencia a su hijo amado. Aterrados aún por el descubrimiento, son despertados a la vida diaria por su Señor, quien les conmina a guardar silencio sobre su persona, hasta que se manifieste de forma pública. Sentirse bien con Jesús no basta para serle buen compañero: a quienes mucho les iba a exigir, Jesús les permite intuir su propio misterio; pero los momentos de intimidad y de gozo son escasos; la ocupación permanente del discípulo es la escucha de Cristo: no debe esperar de él más consuelo que el de oír su querer ni lograr mayor intimidad con Dios que la de dar su consentimiento a cuanto le diga su Hijo amado; y ello, no porque lo desee ni cuando quiera, sino porque así se lo impone Dios.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

-«Señor, ¡qué bien se está aquí!

Sí quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

-«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.»

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:

-«Levantaos, no temáis.»

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

-«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

I. LEER: entender *lo que dice* el texto fijándose en *como lo dice*

El suceso ocurre 'seis días después' de la confesión de fe de Pedro y de su condena por no haber aceptado la 'suerte' de su Señor. No se puede olvidar: solo tres de entre los doce discípulos *sabrán quién es Jesús, y que fin tendrá*. Ver a Jesús como realmente es será concedido a algunos, que conocerán, además, cómo va a acabar todo. Que Jesús se deje ver 'transfigurado' es gratuito, pero no sale gratis; tiene un precio.

La narración no se centra en describir el extraordinario hecho – la transformación de Jesús – sino en cuanto se dice mientras transcurre: Pedro, que vocea sus sentimientos; Dios, que se proclama Padre y manda obedecer a su hijo; Jesús, que recupera a sus discípulos para la normalidad y la obediencia. La transfiguración se presenta como un *cambio estupendo* de la apariencia personal de Jesús y como *su encuentro con nuevos 'compañeros'*: Moisés, el legislador; Elías, el profeta. Más importante que el cambio de apariencia en Jesús es la presencia de sus interlocutores. Más decisivo que el diálogo entre ellos es la Palabra de Dios que revela la real identidad de Jesús; esa voz del Padre manifiesta la razón del aspecto maravilloso de Jesús y su excelente compañía.

La visión de un Jesús espléndido, tan bien acompañado, hace que Pedro se sienta bien..., tanto como para declararse dispuesto a trabajar por los tres. Cuanto más tiempo estén juntos, más grande será su bienestar. Pedro parece generoso, en realidad no lo es; quiere mantener cueste lo que cueste, también con su sacrificio personal, el insólito bienestar que siente cuando ve a su maestro transfigurado.

La presencia de Dios se hace sentir; no tanto por la nube envolvente sino por su voz soberana. Más que declarar a Jesús hijo amado, Dios se dice públicamente – delante de Moisés, Elías y los discípulos – Padre amante. La voz identifica a quien la pronuncia. Todos deben 'ver' a Jesús no como alcanzar a contemplarlo, maravilloso, sino como lo quiere Dios, hijo amado por El y obedecido por sus discípulos. La nueva 'visión' de Jesús lleva a ver a Dios como Padre suyo. Y tiene consecuencias, que han quedado expresas con nitidez: la obediencia al hijo es impuesta por su Padre amante. De Jesús, Dios es Padre amante; sus discípulos, seguidores obedientes.

Si Dios se acerca – y siempre se acerca en su Palabra – el hombre teme morir; no soporta bien la proximidad de Dios, que es fuente de temor. Pero Jesús, solo, con su palabra puede infundir valor a los suyos y 'levantarlos'. El Jesús, vuelto a la normalidad, devuelve a los suyos al camino de la vida sin temores. Cuando se sabe quién es, en realidad, Jesús, se tiene un 'secreto' que guardar en el corazón. La contemplación es antesala de la obediencia, que se ha de vivir en la cotidianidad.

II. MEDITAR: Aplicar lo que dice el texto a la vida

No todos los que seguían a Jesús fueron por él invitados a subir al monte. Jesús se deja 'ver' como en realidad es, estupendo, sólo por quienes elige. Reconocerlo 'divino' es gracia que solo él puede conceder. Es una especie de 'segunda llamada' que no regala a todos los llamados. El texto no explica este extraño, e incómodo, comportamiento. Dice, eso sí, dónde lleva a los que llama: los conduce a la soledad, sobre el monte. *¿Qué podría hacer para hacerme invitar por Jesús y contemplarlo 'divino'? ¿Estoy dispuesto a acompañarlo mientras camina hacia la cruz? Pues si no seleccionó a todos los que le acompañaban, ¡los elegidos estaban entre ellos! Quizá sea porque no me siento animado a frecuentar, junto a él, la soledad, por lo que no consigo contemplarlo, ni sentir el gozo y la paz.*

Sentirse bien con Jesús no es un raro pasatiempo para discípulos preferidos: los momentos de intimidad y bienestar duran siempre demasiado poco, pero deben bastar para atreverse a acompañarlo en su vía hacia la cruz. *Mientras sigo a Jesús, qué suelo preferir, sentirme yo bien o sentir mejor a Dios? ¿Busco mi bienestar o la voluntad de Dios? Y, ¿por qué será que seguir a Jesús todos los días no me lleva a verlo maravilloso algún día? Y, ¿por qué, si le acompaño, no me atrae, no presiento la cercanía de Dios ni oigo su palabra?*

Dios se deja oír de quien contempla a su hijo y se siente bien. Quien tiene tiempo, y ojos, para ver a Jesús, tendrá corazón, y oído, para escuchar a Dios. *Aquí puede estar la razón de la pobreza espiritual en la que vivo: sigo a Jesús, pero sigo sin entusiasmarme con él, porque busco más mi propia felicidad que la escucha de Dios; no aferrado totalmente por él, no logro escuchar a su Padre.* Dejándose ver estupendo, Jesús no quiso, ni solo ni principalmente, dejar contentos a sus tres discípulos. No fue para que se sintieran bien por lo que los llevó al monte, sino para que escucharan lo que tenía que decirles Dios. Jesús los sacó de la rutina, los separó de sus ocupaciones normales para concentrarlos en Dios. Ahora bien, escucharon su voz, sólo cuando estaban llenos de la felicidad que da contemplar a Jesús. Subieron con él a la montaña, elegidos por él. Pero para escuchar a Dios y saber de Jesús, tuvieron que contemplarlo admirados y sentir un profundo bienestar. *No es, pues, muy razonable quejarse de que Dios no nos dice nada, si Jesús no ocupa nuestra jornada y nuestro corazón. ¿Cómo podría hablar Dios a quien no encuentra en compañía de su Palabra, su hijo? Quien tiene como ocupación a Jesús, tendrá como recompensa Dios y su Palabra.*

Dos son las afirmaciones que Dios hace a quien contempla Jesús: El es su Padre amante y complacido. Ellos deben obediencia al Hijo. Podría parecer que las 'dos' palabras de Dios tienen poco en común. No es así: precisamente por Dios quiere a su Hijo tanto, quiere que sea admirado, seguido, obedecido en exclusiva. El amor que le tiene el Padre obliga a que se le tenga amor. Escuchar a Jesús no es, pues, facultativo, para quien lo sabe hijo de Dios. *Si no se sabe quién es Jesús para Dios, no se sabrá que se le debe obediencia plena. Quien no logra contemplar a Jesús, no lo sabrá hijo amado de Dios.* Siempre – y así debe ser – da miedo aproximarse a Dios. Sólo Jesús puede dar el coraje, y la ilusión, necesario para dejar que Dios se nos acerque; sólo él nos libra de 'temer' a Dios. *Si es así, ¿por qué no nos levantamos y vencemos nuestras inquietudes? ¿Por qué, si lo sabemos, sentimos tanta aprensión cuando volvemos al mundo y a la vida diaria? ¿Por qué, si hemos visto al Señor y nos hemos sentido tan bien, tenemos tanto miedo?* Quien contempla a Jesús y oye a su Padre, tiene siempre un 'secreto' que custodiar, y el recuerdo de la felicidad experimentada, mientras retorna a la vida y a los hombres. No fue para nada que Jesús eligió a tres discípulos, se dejase ver por ellos y Dios les hablara; eran portadores de un 'secreto' con el que afrontaron su vida y el seguimiento de Jesús.

No deberíamos olvidarlo: la transfiguración de Jesús fue un hecho aislado, una experiencia excepcional que duró solo un instante. Jesús no permitió prolongarla, quedándose en el monte. Después de este 'respiro' en el camino, volvieron a la actividad misionera. Quien sigue a Jesús experimenta, también, sorpresas y bienestar, pero son momentos raros, momentáneos, pequeñas y breves satisfacciones, hasta que Jesús, al final del camino, vuelva a ser tan 'divino' como le hemos visto (alg)una vez. Mientras podamos renunciar a él, negándole nuestra fidelidad, mientras podamos perderlo, buscando nuestra felicidad en otros, no estará asegurada la pequeña alegría vivida, cuando junto a él, escuchábamos al Padre. Recordar más frecuentemente los momentos de bienestar pasados en su compañía, nos podría ayudar a imaginar mejor la felicidad que nos espera. *A quien, un buen día, se le regaló un instante de felicidad al ver a su señor transfigurado, le espera una eternidad para contemplarlo y quedar fascinado, para conocerlo y quedarse encantado.* Así como no podemos dudar de su voluntad de transfigurarse ante nosotros, si le somos fieles, podemos estar seguros de que nos aguarda una eternidad para reposar contemplándolo y gozarlo sin fin. Saber que este es el salario que nos espera, Cristo Jesús, hace sin duda más fácil la fidelidad hoy y cierta la felicidad por siempre.

III. ORAR: desear que se realice en mi lo que he escuchado

Puesto que voy contigo, llévame contigo y hazme subir al monte. Deseo tanto verte como eres en realidad y dejar de imaginarte como te deseo. Para conocerte como te conoce el Padre, hazme sentir su voz. Aunque, te reconozco, me dé tanto miedo saber su querer, porque temo perderme.

Déjame contemplar tu rostro y perderme... en tu belleza. Señor, que mi corazón y mis resistencias se disuelvan en tu presencia. Que tu belleza me transfigure, que tu luz me invada, que tu visión me colme de felicidad y tu amor me transforme. Así podré recorrer el mundo irradiándote, mientras espero verte por toda la eternidad y gozarte.